

## LA REALIDAD HISPANOAMERICANA EN LA POESÍA TESTIMONIAL

HISPANOAMÉRICA está ahora pasando por una crisis cuyo peso descansa en sus complejas condiciones político-sociales, que provocan una honda inquietud intelectual. Las repercusiones de esta inquietud se manifiestan en el carácter combativo y revisionista de las letras contemporáneas. Característica visible particularmente en la *poesía testimonial* cuyas voces irrumpen en varios países hispanoamericanos.

Frente a la literatura evasiva, los testimonialistas utilizan a veces la crítica mordaz cuando no dan rienda suelta a su pensamiento pesimista, que a menudo alcanza altos grados de lirismo, aunque cada uno de los poetas puede poseer su propio sello de individualismo. Otros, a través de su revisionismo de los falsos valores morales, encaminan su pensamiento hacia la “recrecristianización” de la vida social enrostrándose además contra el escapismo intelectual, que aunque provoca emociones estéticas, no soluciona los problemas de miseria humana en Hispanoamérica. Por eso, casi todos estos escritores son iconoclastas. A semejanza de los conquistadores españoles que otrora destruían en América los vestigios de la vieja civilización indígena para implantar la suya, los testimonialistas quieren ahora derrumbar los falsos ídolos de esta parte de la idiosincrasia tradicional hispánica, que no se ajusta a las necesidades de la hora actual. Y ya que el inconformismo siempre ha sido un rasgo esencial del vigor intelectual hispano, hoy la nueva tendencia como fusión de la angustia social y existencial, va golpeando rudamente a Hispanoamérica. En ella surgen ahora poetas antievasivos, algunos de ellos de innegable orientación testimonial o social, términos casi sinónimos que expresan la gravedad del tremendismo hispanoamericano. La diferencia puede consistir en que la poesía social propugna a veces una programática de izquierdas, levanta una bandera; los testimonialistas, no. Ellos, más bien simpatizantes con el socialismo cristiano, no expresan un desaforado sectarismo ni bandería, sino que se limitan a proclamar la verdad. Con actitud mesiánica dan testimonio de ella y así desenmascaran la actitud farisaica que existe entre el concepto y práctica del espíritu cristiano. Vale subrayar que dentro del testimonialismo la sinonimia recoge una serie de vocablos que lo definen abiertamente: verdad, realidad, conciencia, de-

nuncia, protesta, a los cuales quizá pudiera añadirse: revolución y reajustes de estructuras tradicionales, como basamentos del *Tercer Reino*, regido por el Amor y la Justicia.

Debido a la asombrosa proliferación poética es imposible enumerar a todos los representantes de la nueva tendencia. Nos limitamos, pues, a Ramiro Lagos de Colombia, a Ernesto Jerez Valero de Venezuela, a Miguel Ángel Zambrano del Ecuador, a Elvio Romero del Paraguay y a Ernesto Cardenal de Nicaragua. Lo que estos poetas y sus semejantes tienen en común es la determinada actitud de combatir la tradicional siesta espiritual hispanoamericana, que por mucho tiempo condonaba la indiferencia intelectual y, sobre todo, los pecados de la anticuada estructura económico-social. Esta estructura consiste en el paternalismo latifundista de los pocos y la miseria campesina de los muchos al igual que del poco satisfactorio estado de la clase obrera. La aguda estratificación social y el constante torbellino político que emana de la preponderancia oligárquica, todavía en control de los asuntos estatales en muchos países latinos, contrasta con la creciente conciencia revolucionaria y reformista de las mayorías hispanoamericanas, lo que contribuye al fermento de las ideas izquierdistas aun cuando no se abandone la doctrina cristiana. Todo esto sirve de fondo a una extraña diversidad psíquica, cuyas motivaciones ponen de relieve los testimonialistas.

Mas sería inútil hablar del testimonialismo sin que se indicara sus antecedentes sociológicos, que abarcan tanto el complejo idiosincrásico como ciertos impactos psicológicos como resultado de la formidable mezcla étnica con todas sus implicaciones. Hay serios pensadores hispanoamericanos que exponen el laberinto misterioso de tales actitudes, permitiéndonos entender mejor la esencia responsable de tal estado.

Entre los escritores que enfocan el problema con más desenfado, Octavio Paz, poeta y pensador mexicano, a través de su obra *El laberinto de la soledad* llama nuestra atención sobre ciertas contradicciones que emanan de la idiosincrasia mestiza. Las enumera como el egocentrismo, el empleo de la violencia, el abuso de autoridad de los poderosos, el escepticismo y la resignación del pueblo, debido a las desilusiones post-revolucionarias. Se refiere especialmente al caso de México, aun cuando podamos extenderlas también y aun más a otros países de economía más desequilibrada que la mexicana. La perpetuación de la psicología servil la atribuye Paz a la miseria y las exasperantes diferencias sociales, a pesar de siglo y medio de luchas y expe-

riencias constitucionales. Tal estado de tribulaciones interminables lo imputa Paz a la mezcla étnica entre españoles e indios, que comenzó con Cortés y Malinche, por cuya razón el término *malinchismo* está ahora popularmente usado en México para denunciar a todos los contagiados por tendencias extranjerizantes. Sin embargo, no importa cierta dosis de escepticismo sobre la tradición étnica en el sentido biológico, ya que Paz es defensor de sus aplicaciones culturales, aun cuando tal situación haya encausado a sus compatriotas a “vivir cerrados frente al pasado”. (Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, 1963, p. 56). Dicha colección de ensayos —algunos de carácter general—, debido a sus penetrantes observaciones, puede considerarse como una interpretación mestiza de la civilización hispanoamericana en general, más que de la mexicana.

En notar la actitud de cierta alienación del propio ser hispanoamericano que desprende de su dualismo psíquico-psicológico, coinciden con Paz: Caturelli, Arciniegas y otros pensadores, lo que parece afirmar la existencia de tal fenómeno desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego. En una de sus observaciones Caturelli nota la ausencia de interioridad como fenómeno común del cristianismo americano, ya que la religión no se resuelve sólo en un juego formal de exterioridad pura.

El examen general de la esencia idiosincrásica, hecha por escritores que no son testimoniales, nos permite a través de su revisionismo intelectual entender la actitud del testimonialismo poético. Su exponente más acertado es el poeta colombiano Ramiro Lagos. Después de tres tomos de poesía lírica de una feliz inspiración juvenil, su trayectoria ideológica maduró con el nuevo volumen *Testimonio de las horas grises* (1964), que es la cristalización de su pensamiento social y antievasivo.

Aparte de las motivaciones humanas y humanistas, aun más interesante es su técnica poética. Para conseguir el efecto, Lagos emplea la ironía para despertar a las gentes de su apatía intelectual, la sátira para censurar la inmoralidad social y política y la evocación de las imágenes patrióticas para alzar los corazones. Además, a través de todos sus versos se siente el espíritu inquietante, casi revolucionario de los sucesos ineludibles que han de provocar grandes cambios en todas las esferas de las actividades humanas. Aparece también la visión casi profética de la espada de Damocles que caerá sobre los que no pueden ajustarse a las realidades de la complejidad civilizadora de nuestros tiempos aunque estén simulando lo contrario. En tales instantes, la melancolía poética se mezcla con un profundo pesimismo casi anti-cristiano. Y sin

embargo no es así si comparamos a Lagos con la ideología existencialista en cuyo caudal se nutre su pensamiento renovador. Contrario al *nadaísmo* de su compatriota Gonzalo Arango, quien según parece se colocó entre la exposición de las debilidades de los artistas y escritores bien intencionados pero evasivos, y su provocación hacia el trabajo más constructivo de valor nacional, el arpa libre de Lagos toca las notas del existencialismo cristiano, sin dictadura espiritual o dogma arcaizante, pero sí con la admonición de que el futuro inmediato oculta sorpresas incalculables para los que no pueden decidirse a cambiar ahora su *status quo* en la manera de pensar caduca.

Como hombre de reflexión combativa Lagos no se refugia detrás del escudo de la comodidad privilegiada. Al contrario, se pone un penacho que le autoriza el mando de la batalla contra la falta de ética, humanitarismo y espíritu cristiano de sus contemporáneos. Esto se nota en las siguientes estrofas de su *Testimonio de las horas grises*, quizá las más provocativas en su desnudez verbal:

Fui testigo  
de la democracia de los comulgatorios,  
Vi al pueblo en pie ante un San Isidro de alpargatas.  
La matrona indolente ante el Jesús caído,  
desgranando cuentas como morrocotas.

Es sorprendente el final de dicho poema que contiene la confesión del autor, sencilla y sin reservas mentales. Es una especie de final dramático, casi calderoniano, que dice así:

Yo mismo  
fui cómplice y testigo  
de esta verdad amarga que enmudeció mi boca  
ante el testimonio de las horas grises.

El revisionismo de la conciencia hecha por Lagos tiene un nuevo acento de diana emancipadora. En su poema *Imperativos de las horas rotas*, con desesperación grita así:

Romped esa bandera contra el viento,  
donde está la voz del pueblo contenida,  
y veréis que en cada jirón el oriflama  
cubrirá el pecho desnudo de las barricadas.

Su crítica social llega al máximo cuando el poeta describe el comporta-

miento de la burguesía: “pigmeos de la edad de piedra, enanos de espíritu, deshumanizados terraplenes, donde todo, corazón, pseudo-cultura, cálculo y hasta culto y creencias, es una muda piedra fría”. La iracundia de Lagos crece aun más cuando analiza los efectos derrochadores de la opulencia mal utilizada, que contradice el espíritu de la caridad cristiana:

Ciudad con escondidos palacios  
tras del frontis de grandes residencias,  
donde una cena de sátiros, opipara,  
ensancha abdómenes y glotonerías  
que los cerdos envidian en sus sobras,  
mientras el pueblo en los suburbios  
roe acaso el último hueso de sus esqueletos.

Acaso con él coincida su compatriota Carlos Castro Saavedra, el máximo poeta social joven de la Colombia de hoy. Cabe anotar que este escritor se inició con un volumen de título muy significativo *Fusiles y luceros*.

Otro tipo de poesía testimonial lo ofrece Ernesto Cardenal de Nicaragua. Su colección de *Salmos* publicados en 1964 constituye una extraña combinación de lamentaciones religiosas y crítica de las violencias políticas y ultrajes sociales. Son poemas impresionantes, porque a través del estilo bíblico presentan una interpretación moderna de la realidad socio-económica de la región centroamericana, sin que el autor pierda la fe justiciera en el Todopoderoso. A la vez despliegan una ironía juguetona como lo vemos en el *Salmo 130* que reproducimos aquí:

No se ensoberbece, Señor, mi corazón  
Yo no quiero ser millonario  
ni ser el Líder  
    ni ser Primer Ministro  
Ni aspiro a puestos públicos  
ni corro detrás de las condecoraciones

Yo no tengo propiedades ni libreta de cheques  
    y sin Seguros de Vida  
    estoy seguro  
como un niño dormido en los brazos  
    de su madre...

Confíe Israel en el Señor  
    (y no en los líderes)

Mientras tanto en el *Salmo 25* el poeta nicaragiense habla de los atropellos en la vida pública, refiriéndose tanto a los líderes políticos corruptos

como a los testigos falsos y falsas pruebas, presentados en los procesos de los tribunales y pide la protección divina hasta en el Consejo de Guerra. Estas menciones parecen indicar que Cardenal está bien enterado de las prácticas dictatoriales, las cuales expone sin guantes de cortesía diplomática. No es extraño, pues, que termine su salmo con la siguiente estrofa:

Lavaré mis manos entre los inocentes  
y estaré alrededor de tu altar Señor  
No me pierdas con los políticos sanguinarios  
en cuyos cartapacios no hay más que el crimen  
y cuyas cuentas bancarias están hechas de sobornos

No me entregues al Partido de los hombres inicuos  
Libértame Señor!  
Y bendeciré en nuestra comunidad al Señor  
en nuestras asambleas

Muy dolorosa es la voz del paraguayo Elvio Romero, quien desde hace unos años vive como exilado en Ecuador. Sus preocupaciones abarcan el hambre, el maltrato de los peones, la falta de alegría en los campos y la desesperanza que domina la vida oscura e insegura de la gente del agro, todo marcado por violencia. Su poema *Nosotros los innombrables*, entresacado de su obra *12 poemas* (1962), es un llanto delirante y quejoso, lleno de resignación y apatía espiritual. He aquí un trozo muy significativo de su poema:

Éramos ya los innombrables  
los pobres hombres de la tierra,  
los de labios enrojecidos  
por pedradas y por violencias,  
los de rostro duro y reseco,  
los atrevidos en las pendencias,  
los que ostentaban sobre el pecho  
girasoles y resistencias,  
relampagueos en la frente,  
sublevaciones en la lengua,  
quienes soltaban por las noches  
los animales y las hogueras.

Elvio Romero parece creer en fatalidad que se desprende de la predestinación, ya que atribuye todos los males a la baja condición de los sufridos. Esto lo hallamos en el siguiente terceto que es tan sencillo como los asuntos a los que se refiere el poeta:

nacidos ya, como quien dice

en tiempo de mala cosecha  
sobre caminos quebrados.

Un tono muy diferente lo representa el poeta ecuatoriano Miguel Ángel Zambrano. Él no sólo expone la triste realidad de la vida urbana y rural, sino que al jurar su denuncia, decide que “si el mundo está muy mal, hay que tirarlo abajo y reconstruirlo de otro modo”. Aparte de la altivez evocadora de las imágenes líricas, Zambrano muestra un espíritu combativo semejante al de Lagos. Es revolucionario y a la vez reflexivo. Su protesta alcanza la dimensión universal, porque nace de la conciencia justiciera. La vemos en los siguientes renglones de su *Poema IV*, que proviene del volumen poético *Biografía inconclusa* (1961):

Cerramos las columnas de acusación y desafío,  
incendiamos palabras y papeles  
y nos lanzamos por caminos turtos,  
invadimos los ámbitos cercados de hirientes valladares,  
penetramos a chozas y tugurios,  
trepamos a los cerros,  
empuñamos fusiles y altavoces,  
y gritamos:  
Por qué miseria y hambre;  
por qué dolor-oprobio y sangre-estigma.  
No más espectros. No más la marca  
del látigo en cruz sobre las frentes.  
Nos pusimos de espaldas al futuro  
y con los puños pálidos, crispados,  
atacamos las viejas estructuras del castillo.  
La muralla era pétreo. Sangraron nuestros puños.  
Angustiadas salían nuestras voces  
en busca de palabras, de las precisas, justas,  
que iluminen conciencias y caminos,  
mas no las encontramos o no nos comprendieron...

Aunque Zambrano no nos explica de qué castillo se trata, posiblemente piense en el Palacio Nacional de Quito, que durante los últimos cinco años fue testigo de tres revoluciones... Pero si no, seguramente será el símbolo del heredado sistema político-social, del cual no alcanza a desprenderse Hispanoamérica a pesar de sus mejores intenciones. ¿Quién sabe? De todos modos, Zambrano no es un poeta con la cabeza caída o las manos dormidas. Tampoco lo es su compatriota, Gonzalo Humberto Mata, autor de *Llacta Yuyay* (1963), que canta el dolor del indio como parte de la tragedia hispanoamericana, sea ésta en Ecuador, Perú, Bolivia, México o Centroamérica.

Otro exponente del testimonialismo poético es Ernesto Jerez Valero de

Venezuela. Su rebeldía espiritual oscila entre el grito incontenible y la soledad del hombre, palabras estas que el autor utilizó también para títulos de sus libros. Las angustias de Jerez Valero vibran con fuerza similar a la de Lagos y Zambrano. Es un poeta de gran sensibilidad y conciencia social, dotes muy útiles en la labor desempeñada como uno de los líderes social-cristianos de su país natal. La estrecha relación entre las letras y la política es un fenómeno bastante común entre los intelectuales hispanoamericanos, lo cual les permite lanzar su voz de protesta con cierta autoridad moral. Tal es el caso de Jerez Valero, cuyo pensamiento se refleja bien en su poema *Promesa en piedra eterna*, entresacado de su volumen *Grito Incontenible* (1954). Lo empieza evocando al "americano de alta desventura", recordándole su valor y razón como fuentes de su existencia. El poema hace hincapié en las desafortunadas experiencias de todas las clases sociales, no con el propósito de agitar éstas sino de aliviarlas en sus sufrimientos en nombre de la caridad cristiana. Por eso, quizá, el tono reconciliador del poeta venezolano lo hace diferente de los demás testimonialistas, ya que cree en el perdón y a la vez en la libertad individual del hombre. He aquí unas estrofas entresacadas de su poema:

Dios te salve en tu choza; en la vereda  
altanera y sin nombre que has construido  
con la dulce constancia de tu brazo;  
en el vuelo sonámbulo del águila  
que tiñe de alas los peñascos  
y de signos rebeldes tus miradas;  
en la savia perenne que destilas  
y demacra tu rostro hasta borrarlo;  
en la calle sombría donde te encuentro  
exacto y libre siempre; en el olvido  
de todos los ultrajes, que han llenado  
*de infinito perdón tu alma sencilla*;  
en el cuarto caliente de la fábrica  
donde dejas tu vida; en el hambre  
tuya, de tus hermanos, de tus hijos,  
y de todos aquellos que conoces;  
en el agrio silencio de la cárcel,  
y en el "viva" que asumen sus paredes;  
en la frase inmortal que no pronuncias  
para hacerla más amplia en tu silencio.

Contigo estaré siempre, mutilando  
la muerte que te acosa, con mi lámpara  
en perenne vigilia, acompañándote  
hasta el día que tú quieras, sin cansarme.



No cabe duda que la voz de Jerez Valero es como bálsamo que tranquiliza las angustias de los de abajo en su constante lucha por sobrevivir. Su proyección espiritual parece desprenderse del llamamiento a la justicia cristiana que emana del “Sermón de la Montaña”, una de las fuentes de inspiración de los testimonialistas. Coincide en ello otro venezolano, Martiniano Brancho Sierra, autor de *Profecía del hombre*, donde, sin el tono bélico de Lagos pero con apacibilidad de Jerez Valero, exhorta a que “desterremos entonces el odio de los puños”.

La preocupación por el hombre gris de la calle es uno de los elementos centrales de la poesía testimonial. Ramiro Lagos lo llama Juan Pueblo en su romancero testimonial dedicado al hombre colectivo, protagonista de la hora. Un Juan Pueblo comunero de tez revolucionaria, con el que se identifica el poeta colombiano, pero quien en su desesperación espiritual pone la fe en la resurrección de las espigas.

Creo en el Dios de justicia  
que vendrá como caudillo,  
para dar vida a los muertos  
y dar respuesta a los vivos.  
¡Creo en Dios que está en la tierra  
resucitando los trinos!

Revela este romance de Juan Pueblo —el héroe y víctima de la tragedia hispanoamericana— un tono nostálgico del Dios-hombre contemplado desde su ángulo histórico-retrospectivo, que denuncia en el poeta su anhelo revisionista a carta cabal, para que el humanitarismo cristiano se arraigue más a la realidad cotidiana. Muy diferente es esta nostalgia del Cristo-Caudillo de la poesía testimonial a la que se expresa en cierta poesía social en que Marx es la vibración nostálgica que la alienta y, sin embargo, hay una preocupación común en procurar que el trigo cumpla su misión comunitaria de pan multiplicado.

Aparte de angustia social, la tortura existencial del vivir siempre angustiado en una atmósfera venenosa de caos y miseria espiritual, confiere al poeta un estado de tensión nerviosa entre la vida y la muerte, entre la destrucción y el anhelo de sobrevivir. Es cuando el poeta en su naufragio metafísico, bracea en busca de su tabla de salvación. Es entonces cuando los poetas testimoniales tratan de oponer el nostálgico anhelo de Dios al pesimismo de subfondo espiritual que constituye su agonismo. Esto los dife-

rencia fundamentalmente de los nadaístas que endiosan su misión al pretender que la tarea del poeta es hacer que el ser exista y de humanizar el Universo Divino. Mientras los *testimonialistas* acuden nostálgicamente a Dios para evitar el apocalipsis del siglo, los *nadaístas* afirman que Dios ha elegido al poeta para que evite que la creación, que no es nada ni ser, llegue al caos.

Ambos, *nadaístas* y *testimonialistas* se consideran redentores y crucificados simultáneamente. Lo cierto es que ambas tendencias son expresión de la época desintegrada y caótica del espíritu en cuanto dan testimonio del apocalipsis contemporáneo. Ambas son reacción frontal contra los pseudovalores y paralela en su rebeldía contra máscaras y mito, actitud que poco divierte a los burgueses, porque la poesía moderna nutre evidentemente la ansiedad de los disidentes y desterrados del mundo burgués. Un poema enfrentado a una oligarquía estimula anhelos de la sociedad contemporánea y al nutrirse del lenguaje vivo de la comunidad, se hace portavoz de la meta programática y emocional del pueblo. Siguiendo esta pauta de nuestro análisis no es difícil darse cuenta de que mientras los nadaístas insisten en que en el poeta, los testimonialistas dirían que en la justicia descansa la definitiva reconciliación de tierra y cielo, realidad y mito.

El testimonialismo al exponer las calamidades sociales insiste en ahondar sus raíces históricas. Confirma su fuerte raigambre la protesta social del peruano César Vallejo y del chileno Pablo Neruda, que desde tiempo ha levantaron en sus poemas su voz detonante contra las iniquidades de sus respectivos ambientes. Es notable que tal tendencia se extendió no sólo en la América mestiza, donde a causa del complejo étnico-social-económico se hizo más explosiva, sino también en la América criolla exenta de los problemas raciales pero que padece de otros fenómenos no menos convulsivos. En la región rioplatense, que comparte con el resto de Hispanoamérica similares taras sociales y políticas, la preocupación poética abarca también las morbosidades del actuar humano. Su exponente es César Rosales, quien con su colección *Vengo a dar testimonio* (Buenos Aires, 1960) se hizo portavoz del inconformismo argentino frente a la realidad cotidiana. Su suave voz lírica con cierto acento existencial, se convierte a veces en decisiva censura de los males populares a los cuales declara una guerra sin cuartel:

Yo señalo y denuncio al ladrón, al malvado,  
al mentirosos, al cruel,  
al avaro, al hipócrita,  
y el hipócrita sabe  
que es él a quien nombro y a sus cómplices,  
pero se traga toda la revuelta saliva

rencorosa y esconde  
la mano cuando digo: el que esté libre  
de iniquidad, el que de culpa y mancha  
esté exento que arroje  
sobre mi corazón la justa piedra  
vengadora.

Al señalar las voces nuevas que coinciden con el mensaje testimonial, aparte de las señaladas antes, hay que remitirse a los poemas de Luis Alfredo Arango y Otto Ray de Guatemala, a Martiniano Brancho Sierra de Venezuela, a Hugo Salazar Tamariz, Alfonso Barrera Valverde y a Félix Yopez Pazos en el Ecuador, a José G. Zanet en Panamá, a Emilio Ballagas y Nicolás Guillén en Cuba. Aparte de Lagos registrase en Colombia hoy un grupo importante de poetas jóvenes de nueva y vigorosa expresión, si no abiertamente testimoniales al menos antievásivos como Carlos Castro Saavedra, Jaime Ibáñez, Emilia Ayarza, Hugo Salazar Valdés, Mario Rivero y Fernando Mejía Mejía, para mencionar sólo a algunos.

A manera de conclusión se observa que el testimonialismo hispanoamericano tiene cierto parentesco con el inconformismo de la nueva generación española, a la cual pertenecen Blas de Otero, Ángela Figuera, Manolo Alcántara y, sobre todo, José Hierro, quien más que los otros parece coincidir con la tendencia testimonial de inspiración cristiana. Destácase en este ambiente la figura del dramaturgo español Buero Vallejo, a quien se considera el primer testimonialista peninsular. Precisamente el crítico teatral Juan Emilio Aragonés, al clasificarlo como testimonial, insiste en una división del actual teatro español en dos direcciones: el evasivo representado por Pemán y el testimonial representado por Buero. Esta línea divisoria en el campo de la literatura con referencia a los demás géneros como la novela y poesía, corresponde a las dos actitudes ante la vida y ante el espíritu tanto en España como en Hispanoamérica.

EDMUND STEPHEN URBANSKI

*Western Michigan University, Kalamazoo*